

## UN INTERESANTE LIBRO

### LOS NOMBRES DE MARIA

Entre los escritos en prosa de fray Luis de León se lleva la palma el libro de *Los nombres de Cristo*. Porque antes y después del egregio agustiniano, se publicaron sabios y pios comentarios del libro de Job y del Cantar de los cantares; el asunto de *La perfecta casada* ha sido tratado por innúmeras plumas, antiguas y modernas, mientras que *Los nombres de Cristo* no tuvieron modelo, ni han consentido imitadores, y bastarían por sí solos a expedirle al autor pasaporte para la inmortalidad.

Allí se transparenta, aunque sin propósito deliberado, la filosofía de fray Luis, rigurosamente ortodoxa, no obstante ser distinta, en puntos opinables, de la que privaba entonces en las escuelas, y arrimarse más a Platón que a Aristóteles, mejor a san Agustín que a santo Tomás. Hállanse fielmente traducidos y explicados incontables pasajes de las santas Escrituras, no de un solo libro, sino de casi todos los de entrambos Testamentos; y varias de aquellas versiones pueden considerarse geniales, si se recuerda que, en el siglo XVI, aún se hallaba en mantillas la moderna ciencia del lenguaje, que tantas luces brinda a los exégetas de la Biblia sagrada.

Con ocasión de explicar los nombres de Cristo, estudia fray Luis gran número de cuestiones teológicas, de suerte que, mudando el orden de los pensamientos, resultarían los tratados de la Trinidad, del Verbo encarnado, de la gracia, del sacrificio de la misa. Puso también el autor en su libro, las bases científicas de su poesía mística, cristiana en el fondo, horaciana en

la forma, que le confirió el cetro y la corona de príncipe de los líricos castellanos.

Bien sé que Menéndez y Pelayo, fervoroso admirador del de León, le rehusa el carácter de místico. Depende de que el insigne crítico no otorga aquel dictado sino a los que ascendieron en alas del amor a la cumbre del Carmelo, y a los que, llevados por extática contemplación, penetraron a los más recatados aposentos del Castillo interior. Mas otros preceptistas consideran que también son místicos, aunque en menor grado, los que suben a los rellanos del sagrado monte y en ellos se detienen a considerar, de una parte los valles del mundo, que se esfuman allá abajo en la hondonada, y de otra parte la nevada cúspide que se hunde entre las nubes; y los que se pasean por los magníficos atrios de las Moradas teresianas. Y tal fue el autor de la *Noche serena* y de la portentosa oda *En la ascensión*.

Todo lo que llevo dicho y mucho que podría agregarse se encuentra en *Los nombres de Cristo*, con aquella condición propia de los clásicos españoles, que consiste en exponer los asuntos más arduos de la psicología y de la ciencia sagrada, sin perjuicio de la exactitud, en términos tan familiares y corrientes que pueden ser comprendidos aun de los niños y de los adultos sin letras. Me parece que la obra de que vengo tratando es la que mejor muestra la prodigiosa riqueza lexicográfica y sintáctica del autor. Su modo de escribir, como él dice del estilo de Santa Teresa, «es la misma elegancia»; lo que significa que además de bello, es limpio, llano y transparente, puesto que la elegancia es la propiedad de causar la emoción estética con la menor cantidad posible de elementos materiales.

Si Platón hubiera resucitado en el siglo XVI, convirtiéndose al cristianismo y escrito un diálogo sobre

asunto religioso, no habría producido nada superior a *Los nombres de Cristo*.

Había escrito las anteriores líneas y las tenía medio olvidadas en compañía de otros apuntes inéditos que guardo en una gaveta del escritorio, cuando me vino a las manos un librito, lindamente impreso, titulado *Los nombres de María* (1) y acompañado de una galante dedicatoria del autor, que es el R. P. Uldarico Urrutia, sacerdote colombiano de la Compañía de Jesús y actual prefecto del Colegio Nacional de San Bartolomé.

Confieso que a pesar del concepto elevadísimo que me ha merecido el R. P. Urrutia desde que me cupo el honor de conocerlo y tratarlo, principié con temor la lectura. El título me recordaba el de la obra maestra de fray Luis de León; tendría que comparar, aun contra mi voluntad, el un tratado con el otro, y de semejante cotejo difícilmente sale con bien ningún escrito contemporáneo.

Al terminar el tercer capítulo se me disiparon las aprensiones. Los dos libros se asemejan en el nombre, en estar en forma dialogada y en que el estilo y lenguaje del segundo recuerda a los clásicos del siglo de oro de las letras castellanas. Allí paran las analogías. Así como los temas son distintos, diferente es también la manera de exponerlos. Son trabajos de un mismo género literario. El colombiano procede del español, heredó la nobleza de su padre, pero tiene personalidad propia y, en justicia, debe considerarse original. Aquel parentesco fue lo que me indujo a comenzar por lo que había borrajado, a otro propósitoto sobre *Los nombres de Cristo*, antes de hablar de *Los nombres de María*.

(1) Bilbao. *El Mensajero del Corazón de Jesús*. 1923. 423 páginas en 12°.

En esta última obra merecen atención el fondo y la forma. Acerca de lo primero, cedo la palabra al prologuista, R. P. Félix Restrepo, quien a pesar de su mocedad, ya es, por sus escritos literarios y filológicos, gloria auténtica de Colombia y de la Compañía. «Este libro para mí es el mejor que desde el punto de vista teológico se ha escrito en castellano sobre las excelencias de la Virgen.» La doctrina está fundada sobre las santas Escrituras, como las interpretaron los Padres, como las enseña la Iglesia ¡Cuán gallardamente traduce el jesuita los pasajes del divino libro! Deja a un lado la versión de Scio, a menudo pedestre, la de Torres Amat, difusa con frecuencia. Véase como muestra el siguiente lugar, trasladado de los Proverbios de Salomón:

«Cuando extendía los cielos me hallaba yo presente; cuando rodeaba los mares con cerco de infranqueable barrera; cuando establecía allí en las alturas las etéreas regiones y suspendía en el vacío los depósitos de las aguas; cuando señalaba al mar sus fronteras y ponía leyes a las aguas para que no pasaran sus linderos; cuando asentaba los cimientos de la tierra, con El estaba yo en la disposición de todas las obras de sus manos.»

No imagine alguien, por lo que acabo de escribir, que *Los nombres de María* sean una especie de mosaico formado de textos de la Biblia y de los autores eclesiásticos. Esa es a penas la tela en que el docto y ferviente religioso borda de lo suyo, sacándolo más del corazón que de la inteligencia.

Dije arriba que el estilo y lenguaje del P. Urrutia recuerdan a los clásicos del siglo de oro. Este concepto, así desnudo, podría tomarse como elogio o como vituperio. Porque una cosa es imitar y otra cosa es remedar; no es lo mismo pintar un retrato de un hombre que su caricatura. No hay lectura más enfadosa que la de un

escrito en que la frondosidad de las palabras oculta la esterilidad del pensamiento; en que el propósito frustrado de componer cláusulas rotundas las convierte en marañas inextricables, terminadas en un verso endecasílabo; en que andan barajados, como en la fábula de Iriarte *El retrato de golilla*, palabras modernas y rancios arcaísmos.

Otra manera existe de imitación, que consiste en poseer las cualidades de los clásicos; la verdad, solidez y novedad de las ideas; el número y armonía de las frases, la riqueza de vocablos y giros, la sencillez y claridad de la expresión. Así escriben entre nosotros, don Marco Fidel Suárez, don Miguel Abadía Méndez, don Antonio Gómez Restrepo. Y así también el R. P. Urrutia. El que dudare de esta última aserción abra el libro al acaso y lea el primer párrafo que se le presente a los ojos.

En suma: juzgo que *Los nombres de María* serán edificante lectura espiritual para las almas devotas, provechoso solaz de las veladas familiares, instrucción a todos los cristianos sobre las glorias de Nuestra Señora, modelo literario para los jóvenes estudiosos y mina riquísima para los predicadores de la divina palabra.

R. M. CARRASQUILLA

Bogotá, enero 1924.

---

## NUEVOS DOCTORES

Durante los meses de octubre y noviembre, confirió la Facultad de Jurisprudencia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el título de doctor a los señores don Manuel José Ortiz, don José Vicente Morales, don Cristóbal García Hernández y don Vicente de J. Sáenz.